

La calle para el martes primero de abril de 2008
Diario de un espectador
Elena por Elena
por miguel ángel granados chapa

Elena Garro es una de Las siete cabritas, mujeres que sobresalieron en las artes y a las que Elena Poniatowska retrató en el libro de ese nombre. Ayer nos referimos a Rosario Castellanos y hoy a la autora de Los recuerdos del porvenir, a causa de que Poniatowska las mencionó la semana pasada, al recibir un premio a su escritura. Las cinco cabritas restantes son Nahui Hollín, nombre que adoptó Carmen Mondragón y que fue símbolo de la liberación sexual femenina; la pintora María Izquierdo, a la que por ser mujer no se ha valorado suficientemente, al lado de los grandes artistas plásticos mexicanos; Pita Amor, emparentada con la autora de las semblanzas, notable por su facilidad versificadora y por su desequilibrio mental; y Nellie Campobello, novelista de la revolución que tuvo un final indigno de su grandeza como escritora. “Echando mano de memorias, entrevistas, cartas, obras, comentarios críticos, anécdotas y recuerdos personales, la autora esboza la figura y la biografía de cada una de ellas”.

Estas son algunas líneas de la semblanza de Elena Garro por su tocaya Poniatowska:

“Elena Garro ha quedado tan confundida con Octavio Paz que a veces resulta difícil separar su obra y su vida del nombre del poeta. ‘¡Ah, sí, la que fue mujer de Paz!’ es una frase que parece formar parte de su identidad. A partir de esa frase empieza la historia de amor y odio que identifica a la pareja. Lo cierto es que, después de Andamos huyendo, Lola, que también tiene mucho de autobiográfica, las novelas de Elena Garro giran en torno a la figura del que fue su marido de 1939 a 1963, o sea veinticuatro años. Son un largo asedio, un alegato interminable, un carrusel incesante y nocturno, un caballito de noria que a vuelta y vuelta hace trizas toda posibilidad porque más que ninguna otra escritora Elena Garro tiene la estrella de la locura en los ojos. También la del encanto, porque su seducción es infinita y su atracción ‘fatal’, aunque suene a título de película.

“Contradictoria a más no poder, Elena Garro, al igual que sus personajes femeninos que son ella misma, se va destruyendo y la acompañan en su caída al abismo sus fieles seguidores, amigos, familiares, enamorados, los que frecuentan su salón, los incautos que tocan a su puerta, en una palabra los encantados. El encanto —dice Elena— es una manera de engañar al prójimo y un artificio maléfico. Sin embargo, se retrata a sí misma como una inocente en manos del hampa, ya sea la del dinero o la mafia intelectual. Nunca sabe nada, de día y noche se le agrandan los ojos de inocencia o incredulidad ante la maldad humana. Ella, la niña que trepaba a los árboles en Guerrero, nada tiene que ver con lo que ella misma suscita. Nunca está enterada. Sin embargo, una constante atraviesa sus novelas, sus cuentos, su teatro: el miedo. Nadie le da seguridad. No hay una espalda ancha de hombre en que pueda recargar la suya. La presencia masculina es siempre hostil. Ningún hombre puede comprenderla o aliarse a su causa. Todos van a traicionarla o a dejarla caer. La autora espía los rumores de la convivencia. El hogar es una trampa. Detrás de la puerta alguien el esposo, el amante afila un cuchillo para encajárselo en la nuca.

“A lo largo de su vida adulta (‘comencé a tener miedo cuando me casé’) siempre hubo alguien al acecho, un hombre o un grupo decidido a eliminarla. Dedicó muchas horas de su vida a aclarar asaltos o asesinatos... Que alguien deseara dañarla era su pan de cada día. Vivió entre la sospecha y el recelo, el odio y el amor. Amaba y odiaba en la misma respiración. En la relación amorosa fue siempre la víctima aunque de repente y sin darse cuenta siquiera se volvía la agresora. Violenta, aterradora, nadie ha descrito a un amante con la saña y el desprecio de Elena Garro”.